

CAPÍTULO 8

De la crisis de los años setenta al neoliberalismo

Alejandro Fernández Plastino

Introducción

En este capítulo repasaremos las principales transformaciones políticas y económicas que dieron forma al capitalismo neoliberal tras la crisis económica de mediados de los setenta del siglo pasado. Señalamos que tras la disolución de la URSS en 1991 retorna la hegemonía de Estados Unidos en lo inmediato, a la vez que se reconfigura gradualmente un mundo política y económicamente multipolar que fue abriendo escenarios de disputas inter-imperialistas. Para pensar todas estas transformaciones, recurrimos al concepto de *acumulación por desposesión* (Harvey, 2007), que alude a prácticas típicas del proceso de *acumulación originaria* que comprenden, crisis ecológica mediante, la mercantilización y la privatización a gran escala de la tierra y los bienes comunes. Argumentamos que el Estado, a través del uso de la violencia y el establecimiento de marcos legales, desempeña un papel crucial tanto en el apoyo como en la promoción de estos procesos. En este sentido, describimos el ascenso, desde finales de los setenta, de gobiernos neo-conservadores en las principales potencias del mundo occidental que abandonan la gestión estatalmente regulada de las desigualdades que se había ido imponiendo en el mundo entero tras la crisis de 1930. Estos gobiernos promueven, en su lugar, políticas individualistas que afectan drásticamente los modelos de vida prevalecientes desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Es en esta clave que indagamos los efectos de las nuevas formas productivas y el continuo e ilimitado control de los procesos sociales a través de la comunicación masiva e instantánea, el endeudamiento y los algoritmos que marcan el ritmo de la vida contemporánea. El capítulo culmina con reflexiones estimuladas por los interrogantes que el presente plantea.

El neoliberalismo al asalto

La Gran Depresión de los años 30 producto del colapso del sistema financiero de la bolsa de Wall Street fue paulatinamente superada en los Estados Unidos por el *New Deal* del presidente Franklin Roosevelt y la intervención del Estado en la economía. La Segunda Guerra Mundial, acentuaría aún más dicha política intervencionista. Luego de la postguerra, Estados Unidos lideró un extraordinario crecimiento económico fundamentado en el aumento del consumo y la

reducción de los porcentajes de desocupación, gracias a la política de pleno empleo y de seguridad social propuesta por el economista británico John Maynard Keynes. El nuevo escenario de enfrentamiento entre las dos grandes potencias triunfadoras, los Estados Unidos y la Unión Soviética, obligarían a mantener a raya el descontento social interno, cuya posible inclinación a la izquierda organizada debía evitarse.

En el terreno económico los Acuerdos de Bretton Woods de 1944 y el Plan Marshall fueron el marco financiero, económico y político que permitió y favoreció el crecimiento de las tres décadas doradas hasta la crisis del petróleo de 1973. Esas décadas de bonanza económica no se limitaron a Estados Unidos: le seguirán de cerca la reconstruida Europa Occidental y el derrotado Japón, quien verá su *milagro económico* moldeado a imagen y semejanza de su vencedor americano.

En 1973 la edad dorada del capitalismo llega a su fin cuando estalla la crisis del petróleo. Ese año, como parte de la estrategia política derivada de la *Guerra del Yom Kippur*, que enfrentó a los países árabes reunidos en la *Organización de los Países Exportadores de Petróleo* (OPEP), se detuvo la producción de crudo y se estableció un embargo para los envíos petrolíferos hacia Occidente, especialmente hacia Estados Unidos por su apoyo a Israel. Como consecuencia, aumentó el precio del barril de crudo, iniciándose una prolongada recesión y un aumento notable de la inflación. Todo esto aceleró los rasgos negativos de la etapa económica en curso en el mundo occidental y desembocó en una recesión generalizada.

La crisis del petróleo de 1973 consolidó la creación de un nuevo fenómeno hasta entonces poco conocido: la *estanflación* (conjunción de los términos *estancamiento* e *inflación*). Hasta entonces, los ciclos económicos del capitalismo habían oscilado entre inflación (tendencia sostenida y general del aumento de precios) y deflación (tendencia a la baja de los precios). En general se considera que una inflación moderada (de no más del 5% anual) es relativamente beneficiosa para la economía, puesto que el aumento de precios, aunque leve, estimula el consumo de mercancías, dinamizando el circuito económico; la deflación, por el contrario, es potencialmente mucho más dañina, ya que, inversamente a la inflación, detiene el consumo, las ventas, y a la postre, la producción de mercancías, desencadenando un círculo vicioso de reducción de los márgenes de ganancia y desempleo.

En 1973, el inusitado aumento del precio del crudo del *oro negro* produjo entre otros efectos un fuerte incremento en los costos de producción y en el transporte —el precio del combustible se dispara y, por lo tanto, también el del resto de las mercancías—, lo que llevó a las empresas a trasladar el costo al consumidor final, lo que a su vez derivó en menor consumo y, por ende, en una reducción de la producción. Por primera vez convivían *la inflación y el estancamiento*.

El Estado, que durante tres décadas había crecido fomentando la inversión pública y la seguridad social, no contaba ya con herramientas efectivas para combatir este nuevo fenómeno. La inflación se había convertido en un verdadero problema que, según los economistas liberales, solo podía resolverse estabilizando la oferta monetaria, mote por el cual les cabrá el sobrenombre de *monetaristas*. Esto requería un ajuste fiscal, ya fuese a través de mayor deuda, mayor recaudación impositiva o menor gasto público. El principal problema de estas medidas era que

requerían una *reestructuración* total de la economía, no solo reformas puntuales. Para empeorar la situación, la inflación no solía reducirse inmediatamente, sino que por efecto de *arrastre* se mantenía en niveles altos durante algún tiempo más, agudizando así el cuadro recesivo.

De esta manera, los economistas liberales comenzaron a cuestionar las políticas keynesianas, argumentando no sólo cuestiones económicas, sino también factores políticos. Sostenían que la falta de incentivos para las personas emprendedoras, la restricción de las libertades individuales y la escasez de productos o servicios altamente demandados por la población impedían el desarrollo. Todo esto derivó en que una corriente económica, que existía minoritaria desde los años 50 llegara, poco a poco, a los distintos ministerios de economía occidentales: *el neoliberalismo*.

No es fácil definir el término *neoliberalismo*, puesto que es un término que es utilizado en sus acepciones más variadas. Sus orígenes no son menos imprecisos. Existen no menos de cuatro atribuciones distintas: quienes lo vinculan con algunos escritos de von Mises; quienes lo atribuyen a la creación colectiva durante un coloquio convocado por Walter Lippman; quienes lo logan a la llamada economía social de mercado; y, por último, quienes lo adjudican a la escuela liberal italiana de las entreguerras. No obstante, nadie duda que los autores fundacionales de esta teoría son Milton Friedman y Von Hayek; el primero, nucleado en la *Escuela de Chicago*, usina del pensamiento neoliberal de donde saldrán los autores intelectuales de las recetas del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

El neoliberalismo no es sólo una teoría económica; es, también, un posicionamiento político e ideológico. Analicemos sus postulados teóricos para luego adentrarnos en sus consecuencias.

El neoliberalismo propone que se deje en manos del sector privado el mayor número de actividades económicas. Asimismo, plantea una limitación del papel del Estado en la economía, tanto como la reducción de éste. Respecto a la actividad económica, el neoliberalismo postula la eliminación de restricciones y regulaciones, así como la apertura de fronteras para mercancías, capitales y flujos financieros.

Las políticas macroeconómicas neoliberales pueden sintetizarse en los siguientes puntos:

- 1- El llamado *monetarismo*. Consiste en imponer una política monetaria restrictiva. Esto implica aumentar tasas de interés –esto es, el rendimiento de una suma de capital en un determinado tiempo– o reducir la oferta de dinero hasta lograr bajar la inflación. El argumento en el que se basa este punto es considerar que la inflación se produce por la emisión monetaria: si la cantidad de producción es constante y se emite mayor cantidad de dinero circulante, como el dinero remite exclusivamente a la mercancía, lo único que ocurrirá es que ésta aumente su valor nominal.
- 2- *Políticas fiscales restrictivas*. Aumentar los impuestos sobre el consumo y reducir los impuestos sobre la producción. Esto es diametralmente opuesto a la premisa keynesiana de reducir los impuestos al consumo con el fin de estimularlo. Por el contrario, el neoliberalismo sostiene que se deben reducir los impuestos a las empresas privadas con el objetivo de estimular la libre competencia en el mercado. También proponen eliminar regímenes especiales (por ejemplo, políticas de subsidio o financiación a sectores

sociales vulnerables o minorías) y disminuir el gasto público con el fin de ajustar el margen entre lo recaudado y lo gastado por el erario público.

- 3- *Liberalización* de la economía: Los partidarios de políticas neoliberales defienden la liberalización o desregulación para el comercio como para las inversiones por considerarlas positivas para el crecimiento económico. Igualmente se considera positiva la eliminación de muchas reglas y restricciones, reduciéndolas a un mínimo necesario (sobre todo la garantía del régimen de propiedad y de la seguridad). En particular abogan por aumentar la movilidad de capitales y la flexibilidad laboral.
- 4- *Privatización* de empresas públicas: Se considera que los agentes privados tienden a ser más productivos y eficientes que los públicos y que, por tanto, el Estado debe achicarse dejando que el sector privado sea el encargado de la generación de riqueza. Se considera que el Estado es por definición un *mal administrador*, puesto que sus empleados no se ven directamente favorecidos por el producto de su trabajo, lo cual reduciría la productividad.

En todos los casos, los teóricos denominados neoliberales afirman que la mejor manera de alcanzar la distribución de la riqueza y el bienestar de los individuos es mediante un crecimiento total del producto que por su propia dinámica permea al total de los integrantes de la sociedad (la llamada *teoría del derrame económico*); como liberales promueven, mediante el beneficio individual, alcanzar el beneficio de toda la sociedad, en una suerte de versión renovada de la teoría de las libertades individuales de John Locke. Se afirma, de esta manera, que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de estas prácticas.

Igualmente, se debe tener presente, las funciones y estructuras militares, defensivas y policiales para asegurar los derechos de propiedad privada.

La oleada neoliberal llega al poder

Chile y Argentina fueron una experiencia piloto para el nuevo neoliberalismo diagramado en las usinas de los países del Norte. América Latina, en general, fue algo así como el campo de entrenamiento. Aquí en las décadas del 50 y 60 se había formulado, y gozaba de buena madurez, el *desarrollismo* y la *teoría de la dependencia*.

La *teoría de la dependencia* es una respuesta teórica elaborada por economistas y sociólogos latinoamericanos a la situación de estancamiento socio-económico en el siglo XX. La misma, utiliza la dualidad centro-periferia y las teorías sobre los sistemas-mundo para sostener que la economía internacional posee un diseño desigual y perjudicial para los países *no-desarrollados*, a los que se les ha asignado un rol periférico de producción de materias primas con bajo valor

agregado, en tanto que las decisiones fundamentales se adoptan en los países centrales, a los que se ha asignado la producción industrial de alto valor agregado.

Contraria a la *teoría neoclásica* que postula la existencia de un solo camino para el desarrollo, los *dependentistas* contestan con una tesis completamente contraria: los países latinoamericanos son subdesarrollados no porque no sean lo suficientemente capitalistas, sino justamente porque desde su nacimiento fueron incorporados como apéndices del circuito capitalista internacional, empezando ya desde un lugar relegado. La consecuencia política y lógica radica entonces en que el dilema es *liberación o dependencia*. El neoliberalismo, que como teoría se lleva bastante mejor con el *status quo*, vendrá para eclipsar ese postulado.

En la década del 70 el aumento de la inflación se disparó dando lugar a una fase *estanflacionaria*. Producto de estas crisis el descontento social se expandió y la unión del movimiento obrero y los nuevos movimientos sociales favorecieron la emergencia de una alternativa no hegemónica como mediadora de la relación entre capital y trabajo. En ambos casos, la política neoliberal vino a extirpar de raíz el proceso de radicalización política y redistribución de la riqueza, que había implementado el aumento del salario real, nacionalización de empresas y el comienzo de la reforma agraria en el caso del país trasandino.

En 1973 en Chile el neoliberalismo se implementó como la punta de lanza bajo la dictadura de Augusto Pinochet, y en 1976 en Argentina con la dictadura genocida de Jorge Rafael Videla: ambos regímenes fueron los verdaderos pioneros del ciclo neoliberal en la historia contemporánea. El Chile la dictadura de Pinochet comenzó sus programas inmediatamente luego del derrocamiento y asesinato de su presidente constitucional, Salvador Allende; el plan contemplaba la desregulación de la actividad económica, el desempleo masivo, la represión sindical, la redistribución de la renta en favor de los ricos, y la privatización de los bienes públicos.

Casi inmediatamente se privatizan las empresas del estado, generando despido de trabajadores y aumentando la desocupación. Comienzan a aparecer los préstamos, es decir, surge un incremento del sector financiero, a fin de reestablecer parte de lo perdido. De esta manera, se endeuda el estado y las empresas, provocando una desregulación económica.

En el resto del globo comienzan a aplicarse también los planes neoliberales. En Inglaterra fue elegido el gobierno de Margaret Thatcher, el primer régimen de un país capitalista desarrollado empeñado en poner en práctica un programa neoliberal. Un año después, en 1980, Ronald Reagan llegó a la presidencia de los Estados Unidos. En 1982, Helmut Kohl derrotó al régimen social liberal de Helmut Schmidt en Alemania. En 1983, en Dinamarca, un Estado modelo de las políticas de bienestar escandinavas, cayó bajo el control de una coalición de derecha –el gobierno de Poul Schluter–. Enseguida, casi todos los países del norte de Europa Occidental, con excepción de Suecia y de Austria, también viraron hacia la derecha (Anderson, 1997). Atilio Borón (2003) repasa las consecuencias que las políticas neoliberales van dejando a su paso:

1. La desregulación del comercio y las finanzas, tanto en su nivel nacional como internacional.
2. La privatización de los servicios públicos otrora brindados por el Estado.
3. La cesión por parte del Estado de su compromiso de regular activamente las condiciones macroeconómicas, especialmente en lo referente al empleo.

4. Brusca reducción en el gasto social.
5. Reducción de los impuestos aplicados a las empresas y familias.
6. Ataques desde el gobierno y las empresas a los sindicatos, desplazando el poder a favor del capital y debilitando la capacidad de negociación de los trabajadores.
7. Proliferación de los trabajos temporales sobre los trabajos fijos.
8. Competición desenfrenada entre las grandes empresas, con relación a un entorno menos agresivo propio de la configuración de posguerra.
9. Introducción de principios de mercado dentro de las grandes empresas, particularmente, en lo referente a las remuneraciones de los trabajadores de más poder.

Acumulación por desposesión

Cuando la crisis económica de los 70 redujo drásticamente las tasas de acumulación de un capitalismo que en la postguerra había funcionado con modelos keynesianos en los países desarrollados, el neoliberalismo se instaura entonces como la solución óptima para que las clases dirigentes puedan seguir enriqueciéndose. El marco teórico del neoliberalismo reunido en torno al filósofo y sociólogo austriaco Friedrich von Hayek y al economista norteamericano Milton Friedman, invocando el sagrado nombre de la libertad, que según ellos, aplicada estrictamente a los mercados (desregulación, privatizaciones y ninguna intervención estatal) sería la panacea del progreso económico, alcanza una gran popularidad cuando a mediados de los setenta ambos autores obtienen el Premio Nobel de Economía que otorga la Academia Sueca. Desde ese momento histórico, se observa con claridad cómo el acceso al poder de Thatcher en Inglaterra (1979) y Reagan en USA (1981), y su asalto al FMI y el Banco Mundial, que comienzan a imponer políticas de ajuste estructural por todo el globo, son el detonante de un enriquecimiento de las élites de los países industrializados, cada vez más concentradas en actividades especulativas que en la economía productiva.

El neoliberalismo funciona bajo la lógica de la *acumulación por desposesión* (Harvey, 2007), la cual tiene cuatro aspectos principales:

1- La privatización y mercantilización de casi todos los aspectos de la vida humana, de todas las mercancías reales y ficticias, con el fin de abrir nuevos campos a la acumulación de capital. Desde servicios públicos hasta formas de propiedad intelectual y formas culturales, pasando por clubes de fútbol, lagos y montañas. Todo pasa a convertirse en el botín de millonarios transnacionales. Un claro ejemplo de ello es el multimillonario inglés Joe Lewis, dueño del club de fútbol Tottenham, y de cientos de miles de hectáreas en el sur argentino, que se apropió ilegalmente del Lago Escondido. El avance de la privatización y extranjerización de la tierra pública es parte de este proceso.

2- La financiarización, a tal grado que la desregulación financiera ha hecho de este sistema uno de los principales centros de actividad de redistribución de riqueza de las clases bajas hacia las altas. Los grupos económicos concentrados de capital incrementan su fortuna trasladándose

entre las distintas bolsas de valores del mundo, sin pagar por ello prácticamente ningún tipo de impuesto o arancel. En Argentina, por ejemplo, la Ley de Entidades Financieras, de claro tinte neoliberal promulgada por Martínez de Hoz durante la última dictadura sigue vigente al día de hoy (mayo de 2022). En países como Colombia o México, la desregulación casi absoluta del capital coadyuvó a la formación del capital narco como financista de la política.

3- La gestión y la manipulación de la crisis, que implica la difusión de la *trampa de la deuda* como un instrumento de acumulación de capital. La toma de deuda externa por parte de los Estados con organismo de crédito internacional y prestamistas privados se ha incrementado notablemente en los gobiernos neoliberales. Desde el FMI, el BID, el Banco Mundial hasta los llamados *fondos buitres*, los Estados acumulan toma de deuda con intereses leoninos que luego el conjunto de la ciudadanía termina pagando. En Argentina, los dos gobiernos de Carlos Menem en la década del 90 aumentaron exponencialmente la deuda externa, y luego haría lo propio el gobierno de Mauricio Macri, que tomó deuda por más de 50 mil millones de dólares, de los cuáles más del 90 % se fugó del país a los pocos meses, contrayendo deuda pagadera en más un siglo. En México, el avance de los latifundios sobre tierras comunales y el ingreso al tratado de libre comercio con Estados Unidos provocó el alzamiento del EZLN en Chiapas en 1994.

4- Las redistribuciones estatales. El Estado funciona al mismo tiempo en una doble dinámica de, por un lado, garantizar desde el marco institucional y legal las condiciones para la concentración capitalista neoliberal, a la vez que, como agente redistributivo, invierte el flujo de la riqueza desde las clases altas hacia las más bajas. Son repetidas y toleradas institucionalmente las prácticas como la privatización de la tierra y expulsión de comunidades aborígenes y campesinos por parte de latifundistas sojeros o ganaderos, o las liberalizaciones de industrias y servicios que traen desocupación, precarización y pérdidas de derechos para los trabajadores. Las nuevas modalidades de teletrabajo rehúyen de las trabas fiscales a la vez que de los derechos de la clase trabajadora: empresas trasnacionales como Uber, Mercadolibre, Globo, parecen sortear fácilmente las garantías laborales –y salariales– conseguidas un siglo atrás por la clase trabajadora. Las protestas que contra esto surgen por doquier generan un aumento de la represión y un control social cada vez más perfeccionado por las cámaras públicas y la tecnología de reconocimiento de datos biométricos.

Los cambios que el neoliberalismo ha producido en las últimas décadas obligan a replantear el tipo de acumulación de capital dominante en la actualidad.

En el famoso libro *La condición de la posmodernidad*, publicado originalmente en 1989 (Harvey, 1998), varios autores discuten la correcta caracterización del capitalismo contemporáneo (de 1973 en adelante) de diversas formas: *capitalismo tardío*, *capitalismo desorganizado*, *capitalismo postfordista* con un *régimen de acumulación flexible*. En la base de esta conceptualización encontramos el argumento de que las bases del modo de producción capitalista analizadas por Marx en el siglo XIX: la lógica de la acumulación de capital como motor del crecimiento económico, el dinamismo de sus desarrollos tecnológicos y organizativos, y las contradicciones inherentes del sistema que conducen inevitablemente hacia crisis recurrentes. A diferencia del liberalismo clásico propio del

período industrial del pasado en que el sector productivo es el agente dinámico de la economía, en el neoliberalismo asume la hegemonía económica el sector financiero, que es altamente especulativo e improductivo, puesto que no produce riqueza material para el consumo humano en la que se encarna el valor. Si en la época dorada del capitalismo el crecimiento económico dado por la actividad productiva se permitía cierto *derramamiento* a los sectores más postergados de la sociedad, a partir de la década del 70 del siglo XX esa tendencia cae en detrimento de un nuevo tipo de concentración económica basada casi exclusivamente en la transferencia de recursos de los sectores desposeídos a los sectores concentrados de la economía. Algunos guarismos de la actualidad parecen validar esa hipótesis: en sólo dos años de pandemia (2020 y 2021) y su consiguiente parate económico mundial, los capitalistas más ricos del planeta aumentaron su fortuna en varios miles de millones de dólares. En esos dos años en que globalmente el PBI de casi todos los países del mundo apenas registraron un incremento –cuando no una fuerte caída, como el caso argentino–, las fortunas de Elon Musk, Jeff Bezos y Bill Gates, entre otros, se incrementaron en razón de casi 10 mil millones de dólares por año. Utilizando el mismo argumento empleado por los neoliberales para criticar la emisión monetaria ante un mismo nivel productivo, podemos decir que, si en esos años en que la economía mundial no creció, y no obstante los ricos se hicieron más ricos, no hay otra explicación posible que la de una fortísima transferencia de recursos desde los países y sectores postergados a los concentrados.

Queda aún por ver si los Estados Nacionales y las democracias representativas modernas, garantes teóricas del bien común, seguirán instrumentos de la agudización del cambio climático y la concentración de la riqueza, tal como viene sucediendo hasta ahora, o si la emergencia de la resistencia popular logra reorientar la dirección de la acción institucional para abocarla, como su antiguo fundamento manda, a las necesidades del pueblo soberano. Hoy por hoy, no deja de ser tragicómico que el ser humano más rico del mundo, Elon Musk, luego de comprar la red social Twitter en 44 mil millones de dólares, afirme: “Invertí en Twitter porque creo en su potencial de ser la plataforma para la libertad de expresión en todo el mundo. Y creo que la libertad de expresión es un imperativo social para una democracia que funcione”.

Referencias

- Anderson, P. (1997). Neoliberalismo: un balance provisorio. En E. Sader y P. Gentili (comps.), *La Trama del Neoliberalismo*. Buenos Aires: UBA.
- Borón, A. (2003). Prefacio. En E. Sader y P. Gentili (comps.), *La Trama del Neoliberalismo*. Buenos Aires: UBA.
- Crouch, C. (2012). *La extraña no-muerte del neoliberalismo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Mann, M. (2003). *El imperio incoherente*. Barcelona: Paidós.
- Panith, Leo y Colin Leys. (2004). *Socialist Register. El nuevo desafío imperial*. Buenos Aires: Clacso.